

## La vida de la enfermedad

“La enfermedad es una pasión / como cualquier otra, / gravita entre neuronas cautelosamente” (72). Si la enfermedad es pasión entonces es vida y más que eso: es potencia que encierra un secreto que opera poéticamente, dice y no dice, calla. Por esta razón en “Síntomas” la enfermedad es fantasmagórica, llega como aparecen los dioses ausentes: “mares ignotos se revelan, / aparecen rostros ocultos en el oleaje” (61). Incluso su aparición es una estética, la más importante porque es “La última forma / de construir belleza” (61).

Encontramos en este libro una poética de la enfermedad y el amor. En “Sida”, el virus es la evidencia del amor unido a la muerte: “y me quedé dormido mirando fijamente / en tus ojos la muerte” (45). El corazón “apunta a un centro / que siempre está vacío” (45), ya que el amor mata al individuo; unirse es aniquilarse, y por eso la vida de la enfermedad es la fusión de esta con la muerte.

## Mística humana

“Como no se puede / hablar de la muerte / nos morimos” (67). Este libro nos permite morirnos. La poesía es escritura corporal y lenguaje material atravesado por la muerte. Acá, la palabra poética es el cáncer, el virus, el antibiótico del lenguaje no solo porque es extrañamiento y diseminación sino también y sobre todo porque permite experimentar la propuesta mística de Cadavid en voz de Holub: el instante que encarna, une, guía “el más acá y el más allá” como horror, belleza y materia. Se trata de una mística más humana que nunca. **U**

María Paz Guerrero (Colombia)

## Novedades

*Coda de silencio*  
Luis Germán Sierra J.  
Colección Sílabas del viento  
Sílabas Editores  
Medellín - Colombia  
2016  
74 p.



## Ese temor de sabernos



Nos han dejado solos en medio del agua, / de su noche grave y espesa.  
No en la superficie, / no en el fondo, / entre los pliegues.  
(Estrada, *Continuidad del Jardín*: 59)

## Continuidad del Jardín

Lucía Estrada  
Valparaíso Ediciones  
Madrid, 2015  
88 p.

La antología personal de Lucía Estrada, *Continuidad del jardín*, publicada por Valparaíso Ediciones, reúne poemas de varios de sus libros: *Miastra* (2004), *Las hijas del espino* (2006), *La noche en el espejo* (2010) y *Cuaderno del ángel* (2012).

*Miastra* introduce el misterio; el lector entra en una región de tierras movedizas, un universo mágico lleno de silencio, atemporal. Los poemas en prosa se deslizan en busca de la palabra que nombre lo imposible: “Reinas de sí mismas, las palabras, somos apenas su tránsito misterioso, no la región que las espera” (Estrada, 2015a: 21).

*Las hijas del espino* hace un homenaje a mujeres de distintas épocas, algunas míticas, como Ifigenia, Hécuba, Circe, Yocasta, y otras artistas, como Alma Mahler, Djuna, Clara Westhoff, Silvia Plath y Camille Claudel. La inteligencia de los versos evita la anécdota; no hay alusiones directas a sus biografías, pero los poemas invitan a indagar en sus vidas tan diversas. Algunas de ellas se traicionaron buscando afinidades para su corazón sensible y se diluyeron en la presencia masculina. Otras fueron ignoradas por su época; sus

contemporáneos las silenciaron, debido quizá a las vicisitudes culturales, o de pronto atemorizados por el poder de su brillo. Las hubo también víctimas de sí mismas, de sus obsesiones, de la libertad que pregonaron y los esquemas previos que rompieron. Solo unas pocas lograron reconocimientos. Pero todas persistieron, cada cual a su manera, y dejaron su impronta de belleza trágica, de arte, de seducción, de dolor, de soledad. Camille Claudel, la amante de Rodin, es quizá la más trágica de todas. Estuvo encerrada en un manicomio durante treinta años; su arte se perdió entre los pliegues de la obra de aquel; sus esculturas son conmovedoras.

Se reconoció en desventaja,  
se afiló las manos,  
el rostro,  
el vacío  
y los restos de su sombra  
devorada por las hormigas  
(Estrada, 2015b: 44).

A veces el yo poético toma la voz del personaje que titula el poema y nombra su destino brevemente. Otras veces ellas son miradas desde afuera. Hay un tono dramático, fatal, como si cada una se plantara en frente de un escenario y recitara su epitafio.

El título habla del espino, una planta que florece profusa entre las púas. Proust, en el primer tomo de *En busca del tiempo perdido*, evoca estas flores. Su descripción bien podría servir para hablar de la delicadeza femenina:

Recuerdo que fue en el mes de María cuando empecé a tomar cariño a las flores de espino [...] abríanse las corolas, aquí y allá, con desafectada gracia, reteniendo con negligencia suma, como último y vaporoso adorno, el ramito de estambres, tan finos como hilos de la Virgen y que les prestaban una suave veladura [...] y cuando yo quería seguir e imitar en lo hondo de mí ser el movimiento de su florecencia, le imaginaba como el cabeceo rápido y voluble de una muchacha blanca, distraída y vivaz, con mirar de coquetería y pupilas diminutas (Proust, 1972: 139).

Este comentario quiere hacer énfasis en los dos libros restantes: *La noche en el espejo* y *Cuaderno del ángel*. En ambos la sensación de tiempo detenido y de misterio se acrecienta, se intensifica en la lectura. Es como si nos convocaran a presenciar un universo en donde resuenan las piedras, la noche, el silencio. Sus poemas señalan más allá de nosotros mismos e interrogan el sentido de la existencia. Sin pretensiones filosóficas, bordean sin embargo las preguntas esenciales y nos dejan ahí, en la intemperie, enfrentados a nosotros mismos. El lector se sumerge en un mundo en donde el

aire helado transita mientras, con los ojos muy abiertos, en medio de la oscuridad, presencia lo insondable.

La piedra se nombra en muchos de los poemas. ¿A qué obedece este motivo reiterado? Piedra y polvo, vida y muerte, solo en la disolución es posible nombrar y nombrarse; el intento de permanecer o el encuentro con el otro son apenas balbuceos humanos, esa es la única constante: “Nombrarte es el comienzo del exilio” (Estrada, 2015a: 69).

La piedra se erige como un mojón. Golpea, percute, deja su eco de vacuidad en el aire. ¿Acaso un guijarro no es lo más anodino?: “Una piedra encontrada en el camino puede ser la imagen de la eternidad” (2015a: 77). Entonces, para el lector, esta palabra va cobrando resonancias olvidadas. Regresan las piedras cantarinas, las redondas, las de cantos agudos, las dulces, las ásperas, las coloridas, las que viajan por el agua, las fósiles —esas que en sí mismas son ecos de troncos milenarios—, las funerarias, las que acompañan las tumbas de los muertos queridos, y esas otras con las que tropezamos una y otra vez, o las que nos sostienen:

Será nuestra la vida en el temblor de una palabra,  
la que se aferró a la piedra como si se tratara de un  
cuerpo infinito,  
la que avanzó en su noche contra todos los pronósticos  
sin volver la mirada  
(Estrada, 2015b: 15).

De pronto es importante detenerse en ese trozo de polvo amalgamado para atender sus señales. De pronto su palabra-piedra indica una ruta; quizá es un indicio en el camino. Debemos guardar el pequeño canto entre las manos y sopesar los versos uno a uno: “¿Sabes cuánto ha resistido la piedra?” (2015a: 65).

La escritura en la arcilla, la escultura, el dolmen, el túmulo, la lápida... intentos todos para detener el tiempo y resistir al olvido. Ifigenia sometida a su destino, hablando en el altar del sacrificio: “todo en mí/ sobre esta piedra/ les pertenece” (Estrada, 2015a: 33). Piedra sacrificial, sentido griego de la existencia; cada hombre carga con un sino al que acude, ineluctable, poema-oráculo, palabra críptica: “Si preguntaras a la Piedra / respondería con tu nombre” (Estrada, 2015a: 34).

Un aura intemporal respira entre los versos: “toma tu lámpara hecha con los misterios del mundo, con el polvo de grandes muertos que acompañan tu sombra en la piedra de Sísifo” (Estrada, 2015a: 11). La búsqueda reiterada, guiada por preguntas sin respuesta, por el ejemplo de aquellos que nos antecedieron y que hoy son solo polvo en el camino —pese a su anterior grandeza—.


El propio sentido se cuestiona, y el del otro: “Las piedras que guardas en tu memoria/ son las ruinas de un altar construido / para que alguien más ofreciera en él su corazón” (Estrada, 2015a: 56). Se siente la intemperie, el tránsito, la imposibilidad, la certeza de la nada: “Que la vida es lo que siempre queda al final de la página: / ese temor de sabernos” (Estrada, 2015b: 19).

Y, sin embargo, un latido persistente afirma la vida al tiempo que la niega; es como “la tela de araña en el extremo de una guillotina” (Estrada, 2015b: 27), trampa en la trampa, vida en la muerte, vida entrampada, pero vida al fin. Afirmación estética, belleza que tiritita en los versos, se prende a la existencia y la reivindica.

No son estos unos poemas fáciles, porque si bien el lenguaje es sencillo, su sentido es críptico; invitan al silencio, al recogimiento, a la reflexión. Pero son inolvidables. La escritura de Lucía Estrada es un nombrar esencial.

La mirada del poeta, como una luz, sostiene el misterio y el sentido, en medio del sinsentido:

### XXIII

Y si esta piedra fuese nuestro pan  
y esta palabra sombra  
la única luz que nos asiste al terminar el día  
  
y si la luz fuese la prueba de nuestro abandono  
y si el abandono fuera nuestra más firme certeza  
  
y si la certeza fuésemos nosotros mismos  
en manos de la muerte  
  
y si la muerte se abriera como el exilio de un cuerpo  
que se resiste a la nada  
  
y si la nada fuese nuestra mesa  
y la copa en que bebemos un vino amargo y lejano [...]  
  
y si la derrota trazara el mapa del destino  
como el pájaro la grieta  
de su soledad en el aire [...]  
  
y si la noche no fuese otra cosa que la noche  
intemperie  
  
verticalidad de un hombre solo  
en su caída.  
(Estrada, 2015b: 81-82). 

Emma Lucía Ardila (Colombia)

#### Bibliografía

Estrada, Lucía (2015a). *Continuidad del jardín*, Antología personal. Granada: Valparaíso Ediciones.  
\_\_\_\_\_. (2015b). *La noche en el espejo y otros poemas*, Bogotá: Letra a Letra.  
Proust, Marcel (1972). *Por el camino de Swann*. Madrid: Alianza.

## La reducción afirmativa. A propósito de *Ni el abrazo ni el refugio* de Jorge Iván Agudelo



*Ni el abrazo ni el refugio*  
Jorge Iván Agudelo  
Editorial Universidad de Antioquia  
Medellín, 2016  
86 p.

### 1

**N***i el abrazo ni el refugio*, el más reciente libro de poemas de Jorge Iván Agudelo, encarna una importante disyuntiva en el panorama actual de la poesía antioqueña. No solo porque su título recurra a una figura de larga tradición, la cual reúne —separándolos— pensamiento y acción, sino porque se sitúa en caminos que por momentos se dividen y dividen al lector. Disyuntiva histórica porque entiende la tradición poética como la oposición entre la fe en la afirmación y el nihilismo de un verbo inutilizado. Disyuntiva estilística porque sus interrogantes suponen una pregunta por el papel que la adición y la sustracción tienen en la creación de una obra. Y disyuntiva vital, porque expone la contradicción inherente a una poesía que empieza en la negación de las posibilidades del lenguaje, pero que, pese a ello, se sigue manifestando en tiempo presente.

La palabra un corcho  
dando vueltas sin hundirse  
en su propio remolino